

# A más de 40 pies

Kike Turrón

Me duelen las articulaciones, si no todas, una buena parte. Noto sin dificultad el principio y el final de mis huesos, pues en estos límites siento una terrible punzada que ni se va ni se viene, que está ahí, tan a gusto. Y tengo frío, mucho frío. Llevo dos camisetas de manga larga y están húmedas de sudor, también lo está el pantalón del chándal. Ya son dos los días que llevo así, sin quitarme los calcetines, sin quitarme nada, con fiebre. Sin embargo en el exterior hace calor, es agosto y el sol pega con fuerza allá, al otro lado de de la ventana. Veo su luz e incluso intuyo su calor, aunque de buena gana enchufaría la calefacción.

Por la noche me desvelé. Se me metió en los sueños Vicente Cabelludo, un compañero de clase de cuando yo tenía catorce años. Vicente Cabelludo se sentaba cerca de mí, en la fila de al lado, un poco más adelante. Su pupitre era un completo desastre. Su cajonera siempre estaba atestada de cosas. Su cartera destartada y él, siempre olían mal, o dicho con respeto, olían fuerte. Una capa de grasa cubriendo perennemente sus gafas descuadradas, remendadas. El pelo desaliñado, la ropa le quedaba pequeña y las zapatillas de deporte a un paso del cubo de la basura. Cabelludo hablaba poco aunque, cuando lo hacía, salía de sus delgados labios un hilo de voz dulce, con destellos de humildad. Tras ese tono cálido en su voz la pestilencia de su aliento. Cuando no asistía a clase algunos compañeros investigábamos lo que tenía guardado en la cajonera. Con mucha precaución, como si estuviésemos desactivando una bomba, comenzábamos a sacar todo tipo de cosas: folios arrugados, trozos de juguetes, chicles masticados, bolígrafos destintados, estuches destripados, pañuelos resecos, pedazos de bocadillos, bolas de papel de aluminio, en fin, de todo... y lo volvíamos a meter, aunque todo no entraba, apenas la mitad. Ese resto, imposible de ubicar, iba al cubo de la basura, así Cabelludo

tendría sitio para volver a guardar todos sus nuevos residuos, o al menos nos decíamos eso entre risas. Y así era.

Pues entre el frío y los sudores ahí ha estado, ayer, en mi cabeza. Con trece años aún, con sus gafas siempre torcidas, cuando no recosidas con esparadrapo. Yo tenía mucha más ley a este que a Javier Cañada, el listo de la clase, el sabio que todo lo hacía bien, mejor que el resto.

Debería meterme en la ducha y quitarme los sudores de la noche pero no me siento capaz. Me irá bien, dice mi mujer, que ahora además de bregar con los dos churrumbeles, tiene que hacerlo conmigo. Mala ruina la mía. Los críos se me agarran a los pantalones y estos se deslizan hasta los tobillos. El pequeño le da palmadas a mi polla y se ríe, el otro se ríe sin más. Cuando se cansa de palmeármela me da un pellizco en el capullo con sus pequeñitos dedos y sus afiladas uñas. Me duele. Me agacho para subirme los pantalones y lo subo en mis brazos para indicarle que su juegucito no tiene mucha gracia. Me hace sacar una especie de sonrisa que más bien es un gesto de satisfacción, le dejo y se marcha andando como un borrachito, progresando en sus primeros pasos. El mayor ya sabe de estar enfermo y me ignora: sabe que hoy no voy a jugar con él.

No quiero ducha. Como Cabelludo. Me decido por ir a por carne para la comida. Me acompañan los niños, uno en carro y el otro caminando, jugando, dando vueltas a mi alrededor, subiéndose en la rueda delantera del carro, disfrutando. Yo subo, dolorido, las cuestas de este serrano pueblo, me falta fuelle, y eso que en estos dos días no he fumado casi, quizá alguna furtiva caladilla al peta del cenicero, pero nada más. No me apetecía, aunque el gesto no ha servido de mucho.

Compro el pan y sigo hasta la carnicería. La gente está en manga corta, chanclas y bermudas, pero yo sigo con mi pantalón largo y mis dos camisetas y siento frío, y sudor. «¿El último?» Me señalan a un señor. El tipo se gira y me dice: «por este oído nada, por el otro muy poco, fue una explosión, la Renault, en Francia, y doy gracias aún, que mi compañero se reventó todo por dentro». Me quedo detrás, controlando a estos pequeños pero atento a mi turno. No me puedo descuidar. Cuanto antes mejor, creo que me voy a desmayar. Pero no, llego a casa, dejo la compra en la cocina y los chi-

quillos se quedan en el jardín. Debería mezclar la carne picada con ajo, sal, pan mojado y perejil... pero no puedo. Me tumbo en la cama. Además del dolor de articulaciones ahora siento que algo bajo la piel está empujando levemente, como queriendo salir, o quizá solo para hacerse notar. Tengo frío y estamos en agosto, fuera debe haber veintisiete grados. Esta fiebre me tiene preocupado, más bien agotado. Me quedo un rato inconsciente, no sé cuanto, quizá diez minutos, aunque podrían ser treinta. ¿Nadie se ha preocupado por mí en este tiempo? Es probable que mi mujer haya entrado y me ha visto aquí, plácidamente dormido. Estoy seguro.

No puedo hacer nada útil en este momento, solo permanecer tumbado, solo pensar y enredarme en esos pensamientos hasta que el sueño me haga desconectar. No es poco. Le he estado dando vueltas a algo que me pasó hace año y medio o un poco más. Fue en Mazunte, un pueblo mexicano en la costa del Pacífico. Estábamos de vacaciones. Habíamos pasado por Oaxaca y desde allí nos llevó un autobús hasta Pochutla, una ciudad como Dios manda. De ahí un taxi hasta este pueblito de cabañas, con caminos de tierra y un mar apabullante. El caso es que eran vacaciones y hacía buen tiempo y ese era el sitio ideal para pasar unos pocos días. Viajaba yo, mi compañera y nuestro hijo, que entonces tenía dos años y medio de vida. El nuevo no había nacido, sería engendrado en este viaje precisamente. Nos instalamos en una cabañita de madera, se trataba de un negocio que nos había recomendado una amiga. Las rentaba una familia que ocupaba la mejor de las cabañas. Suficiente y a buen precio. El tipo, cabeza de familia y ferroviario ya retirado, estaba orgulloso y al mismo tiempo agradecido de haber llegado entero a la jubilación, sin mutilaciones propias de su duro oficio.

Los días los pasamos en la playa y, por la tarde, tratando de evitar a los aguerridos mosquitos que habitan estas tierras y que, a esas horas, salen del letargo para beber toda la sangre que les quepa en su cuerpecillo. Dábamos paseos a otro pueblito cercano.

Un día como otro cualquiera, estábamos en la playa y me metí con mi pequeño a sortear algunas olas. El truco era sencillo: para que no te engullesen, había que situarse más allá de donde rompían, mar adentro. Así lo hacía y así me mecía con las imponentes olas del Océano Pacífico, yo con mi pequeño. Podíamos ver enormes

bancos de sardinas que teñían una parte del agua de color plata durante segundos, luego esa preciosa y viva mancha aparecía un poco más allá. Algunos chavales del pueblo arrojaban redes al agua y atrapaban cubos y cubos de estos pececillos tan sabrosos. Sobre nuestras cabezas sobrevolaban pelícanos y gaviotas que se dedicaban a lo mismo: sortear olas y pescar pececillos. Mi compañera se quedaba en la orilla mirando atenta nuestro baño. En una de estas, una ola rompió antes de la cuenta, o lo mismo el mar me había hecho avanzar unos metros con el pequeño en brazos sin darme cuenta, mientras miraba el trajinar de aves y chavales, no sé, el caso es que una ola calló sobre mí. Su fuerza no impidió que soltara a mi pequeño y nos sumergimos. Estrepitoso silencio. Pero lo peor estaba por llegar. Mis pies fueron barridos por la fuerza del agua y, ya sin control, me voltearon a su gusto. Mi niño se me escapó de los brazos mientras yo permanecía bajo el agua. Eran segundos muy largos, confusión. Salí de aquel centrifugado de agua salada. Mi mujer ya llegaba hacia donde yo estaba, ya hacíamos pie ambos, así que le dije sin demasiada histeria: no tengo al pequeño, no lo tengo. Ella empezó a gritar, decía algo de su dios, gritaba... miré al lado contrario, a la playa, al otro lado, la inmensidad del océano, y nada. Nada de nada. Las olas seguían su vaivén, quizá más tranquilas, pero ahí seguían... a los treinta segundos vimos una peluca, de tan rubia, amarilla. Solo el pelito sobre el agua, como una alfombrita abandonada a su suerte: ahí está. Me tiré a por él. Lo puse entre mis brazos y pregunté: «¿Estás bien?» Él me miró y dijo: «Sí, ¿qué le pasa a mamá?». La mamá lloraba desconsoladamente abrazándonos a los dos, preservándonos con su llanto de una nueva ola. Salimos del agua. «Ya no llores más mamita», le dijo nuevamente el pequeño. Me senté en la arena al lado de la mamá y el niño que estaban abrazados, fundidos en uno solo. Yo respiraba mirando al mar, ya tranquilo. Dando gracias al Pacífico por esta oportunidad, a Neptuno, a la virgen de Juquila y a todos en general. El susto de mi vida acababa de suceder y todo había sido eso, un gran susto, cuarenta segundos de angustia e impotencia, la fuerza de la naturaleza me había dado la lección de mi vida. Trataré de retenerla.

Vaya, me he quedado dormido otro rato. No hay ruido en casa pero percibo movimiento en el jardín. Creo que me voy encontrando mejor, creo que me estoy curando: me apetece fumar. ©